

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.ª—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Carlos Letourneau

La Sociedad en las hormigas y las abejas

Desde el punto de vista de la anatomía filosófica, el tipo del organismo invertebrado es seguramente inferior al del vertebrado, pues en este último la fuerza nerviosa, la energía consciente, están más concentradas y emanan de gangliones más coalescentes; pero en un organismo la nobleza del plan general no basta, es necesario también que este plan se realice con una perfección suficiente. En efecto, en el detalle, es susceptible de muchas gradaciones y degradaciones. Nada hay tan poco elevado como las especies mamíferas colocadas en el último peldaño de la escala, por ejemplo, los desdentados, los marsupiales, el ornithorinco. Al contrario, los invertebrados más perfectos, los primates de los invertebrados, las hormigas y las abejas, han alcanzado un grado relativamente muy elevado de desarrollo mental y lo han logrado, como los vertebrados, por el predominio de un centro nervioso sobre los demás, ya que su ganglión sub-esofagiano es relativamente tan desarrollado que merece ser considerado como un cerebro. Por otra parte, hemos visto anteriormente que la aptitud social no es necesariamente correlativa á la extensión de la inteligencia, pues que, bajo este aspecto, el mono y el elefante son inferiores al castor. Mucho más inferiores son aún á la hor-

miga, á la abeja y á los termíditos, cuyas costumbres sociales son actualmente tan conocidas que sería supérfluo describirlas en detalle. Me limitaré á recordarlas brevemente.

Lo que es de notar por encima de todo, es la perfecta adaptación mental de estos insectos á su género de vida que, sin embargo, tan complicado es. En su *Moral Evolutiva*, Spencer manifiesta la esperanza que un día, seguramente aun muy lejano, existirá *una humanidad moralmente perfecta, completamente en armonía mental con una organización social más elevada que la nuestra y cumpliendo, no tan sólo sin esfuerzo, sino con el gozo íntimo que proporciona la satisfacción de una necesidad, todos los deberes sociales, tan penosos á veces para nosotros, tipos humanos groseros aún y de los que, sin embargo, saldrá esta gloriosa posteridad.*

Bajo una forma sin duda modesta, pero perfecta en su género, las hormigas y las abejas realizan el sueño del filósofo inglés. Toda su vida consciente, todos sus esfuerzos, no tienen más que un objeto: el interés de la comunidad; y durante toda la duración de su edad adulta no hay un momento siquiera en que cada una de estas ciudadanas, libres en sus repúblicas, no esté pronta á sacrificarse por la salud común; todas parecen estar

completamente desprovistas del instinto individual de conservación desde que el interés público está en peligro. En las Antillas, en la isla de Granada, las hormigas llamadas de la caña de azúcar, viajan en columnas cerradas que no detienen el fuego ni el agua; sus cadáveres amontonados oponen diques á los riachuelos ó apagan las llamas de las hierbas incendiadas. «Sabido es, nos dice Huber, (*Hormigas indígenas*) que se puede partir las hormigas por la mitad de su cuerpo sin quitarles el deseo de defender sus hogares; la cabeza y el busto marchan aún y llevan las ninfas á su asilo.»

La misma organización de la hormiga ha acabado por modelarse sobre sus obligaciones sociales, y como lo hace observar Forel, la parte anterior de su canal digestivo sirve más á la comunidad que al individuo. En efecto, esta parte anterior no es más que un almacén de reserva, una especie de repostería, al servicio de todo el mundo. Si una hormiga tiene hambre no tiene que hacer más que golpear con sus dos antenas las de una conciudadana; ésta comprende enseguida, aplica su boca á la de su hermana y le ingurgita el licor alimenticio que tenía en reserva, mientras la hambrienta se lo agradece agitando rápidamente sus antenas y frotando la cabeza de su nodriza con los espesos cepillos de sus patas delanteras. La armonía social, grande siempre, no es, sin embargo, la misma en todos los nidos de hormigas. Las hay en que la fraternidad es una *verdadera pasión* y en que constantemente se ofrecen de comer, se acarician, se transportan mutuamente de uno á otro sitio.

Esta unión tan perfecta tiene un objetivo, un objetivo elevado y altruista, del que las sociedades humanas, hasta las más civilizadas, se preocupan poquísimas ó nada: la educación de las jóvenes. La madre ó las madres (á menudo hay varias entre las hormigas), están en comu-

nicación constante, por el juego de sus antenas, con un gran número de obreras, las que, á su vez, de vecina á vecina, tranquilizan así á todas respecto la suerte de la progenie; pero si la madre común, la razón de ser de la ciudad, llega á morir ó á desaparecer, estalla el duelo público; el ardor de las obreras se apaga, se vuelven pesimistas y hasta pierden el deseo de vivir. Sabido es que la organización social de las hormigas y de las abejas es bastante complicado, que en ciertas especies de hormigas la esclavitud es una institución, que siempre hay castas: los insectos sexados y las obreras asexuadas á veces se subdividen, como en los termitos, en una clase laboriosa y en una clase de guerreras (Luis Buchner, *Vida psíquica de las bestias*). La diferencia de las ocupaciones continuada durante un gran número de generaciones, cuya vida es bastante breve, ha acabado en las hormigas por crear diferencias morfológicas. La hormiga amazona, solamente es apta para guerrera. Las mandíbulas no están dispuestas, como las de las demás especies, en hileras dentelladas; avanzan en puntas agudas, muy propias para agujerear en una refriega la cabeza del adversario, pero impropias para coger el alimento. Si tiene hambre se contenta con advertir á una esclava, la cual le engulle la comida en su boca. Incapaz es también de construir su propio nido, alimentar á sus larvas y, como lo demostró Huber en un célebre experimento, se deja morir de hambre al lado de provisiones abundantes si las esclavas no están allí para ingurgitarles la comida.

Sabido es también que entre las hormigas la esclavitud es más benigna y está mejor entendida que entre los hombres. Jamás estos inteligentes insectos intentan reducir los adultos á la esclavitud. El objeto de sus frecuentes expediciones guerreras, emprendidas por las amazonas, es para hacer una *razzia* de

ninfas de las hormigas cenicientas que, habitualmente vencidas, se ponen en salvo abandonando lo menos posible su progenie. Las cenicientas esclavas han sido educadas, por consiguiente, por sus dueñas y á veces ni siquiera salen del nido en que están cautivas; la buena armonía no cesa de reinar nunca entre la casta guerrera y la servil, que, por otra parte, no se reproduce en la ciudad de sus dueños, sin duda porque éstos no quieren sino obreras.

Las guerras de las hormigas difieren asimismo mucho de las guerras humanas; de las que hablaré más tarde. En efecto, las hormigas únicamente guerrearán con un fin estrictamente utilitario. Si bien guerrearán para robar ninfas con que alimentar su casta servil, en cambio *no matan* á sus adversarias, salvo en el caso de una resistencia muy encarnizada, cuando acaban la paciencia. No matan sin misericordia, sino cuando se trata de una especie del todo extranjera, cuyas ninfas desean para comer. Este último rasgo es muy humano. En efecto, sabido es *el poco caso que las razas humanas hacen de la vida de los hombres llamados de raza inferior*.

La ciudad de las abejas está organizada poco más ó menos sobre el mismo plan del de las hormigas; sin embargo, la estructura social es un poco menos compleja, pues que la esclavitud no ha sido instituida; tampoco parece probable que las abejas tengan las costumbres guerreras y predatoras de las hormigas. Sus guerras son únicamente defensivas y á veces tienen que hacerlas contra las hormigas. Por lo demás, tienen la misma división del trabajo social. Veinte ó veinticinco mil abejas estériles unen sus esfuerzos para proteger á una sola hembra, la pseudoreina, y hacer que su fecundidad redunde en beneficio de la asociación. Como entre las hormigas, la hembra progenitora es el centro, la razón de ser de la república. Sus nume-

rosos hijos recogen cuidadosamente las obreras, nodrizas estériles, que rompen el cascarón de las recién nacidas y las cuidan con solicitud hasta que están en estado de volar ó de llenar las funciones sociales á que están destinadas.

La gran preocupación de las laboriosas abejas es criar el mayor número posible de jóvenes. La misma preocupación hallamos en muchas sociedades humanas salidas del estado salvaje, pero en el estado bárbaro aun, y, al contrario, vemos declinar las civilizaciones más refinadas desde que se desinteresan de este deber primordial. En la colmena, como en el hormiguero, la muerte de la hembra progenitora equivale á la ruína de la ciudad. Para las abejas, como para nuestros escritores pesimistas, el presente es sin valor desde el momento que no tiene porvenir. «Cuando la hembra fundadora—dice un observador—llega á morir ó perecer fuera de la colmena por un accidente cualquiera, la colonia disminuye rápidamente y sus habitantes, que entonces pierden una gran parte de su actividad, desaparecen poco tiempo después del nacimiento de las últimas ninfas encerradas en las celulas.»

Pero mientras dura la prosperidad de la república, el ardor, la actividad de las ciudadanas no se desmiente jamás y su solidaridad es muy estrecha. Si una abeja en ayunas encuentra otra cargada de provisiones, le golpea simplemente la cabeza con ligeros golpecitos de sus antenas y la aprovisionadora se apresura á ingurgitar en el estómago de su hermana una parte de las sustancias alimenticias almacenadas en el suyo (Luis Buchner, *Vida psíquica de las bestias*). En el ganglión cerebroidal de las abejas y de las hormigas la distinción *de tuyo y mío* aun no se ha efectuado: *Todo pertenece á todos* dentro los límites de la ciudad.

Muchas veces se ha intentado rebajar el mérito de las hormigas y de las abejas atribuyendo su organización á un ciego

é inconsciente instinto; pero una atenta observación ha demostrado que esta estructura social tan compleja es el resultado de una lenta evolución, desigual según las ciudades y las especies; que hay hormigas y abejas que aun son salvajes; y que, en una misma especie el grado de civilización varía de una á otra ciudad.

Desde el punto de vista sociológico, lo cual es particularmente interesante, el perfecto mantenimiento del orden social en las repúblicas de hormigas y de abejas es una completa *anarquía*. Ningún gobierno, nadie obedece á nadie, y sin embargo, todo el mundo cumple sus deberes cívicos con un celo infatigable; el egoísmo parece ser desconocido, reemplazado por un amplio amor maternal, por un florecimiento de amor social. Todas las obreras estériles quieren, como

si fuesen propiamente suyos, los retoños de la ó de las hembras progenitoras. Conviene hacer observar que el perfecto *consensus* moral de estos millares de hembras activas y estériles está favorecido por un hecho biológico: el de su consanguineidad. Todas, en efecto, son hermanas. Ahora bien, si estudiamos la familia se ve que en las sociedades humanas primitivas, la consanguineidad era asimismo la regla y que de ella derivaba asimismo una estrecha solidaridad. Hagamos observar aún que estas curiosas repúblicas de insectos, tan superiores á las primitivas sociedades humanas, se han constituido fuera de toda *organización familiar*. Es una nueva y brillante confirmación de la ley de antagonismo precedentemente señalada entre la pequeña familia y la gran sociedad.

De *La Evolución política en las diversas razas humanas*.—Editores Lecrosnier et Babé, París.

Donato Luben

Al volar de la pluma

De poco ha servido que la elevación intelectual de los genios reformadores que iluminaron con sus grandezas de fantasía las tristes noches del pasado obscuro, haya pretendido la idealización de los humanos, suponiéndolos nada menos que descendientes del cielo é hijos predilectos de los dioses, más ó menos olímpicos.

Procedemos en línea recta de la horda bestial, y en vano es que procuremos dorar nuestro origen, groseramente materialista, con bellos ideales ultranaturales.

El misterio, el gran misterio de nuestro origen, está ya resuelto. La esfinge ha hablado.

Las nieblas, más ó menos seductoras, tras las cuales se pretendía esfumar la viva realidad de nuestro origen humano, han huído para siempre, disipadas por el fuerte siroco de la verdad demostrada y á todas horas demostrable.

Ya no es posible sostener que la Humanidad proceda de una evocación misteriosa, ó simplemente, del *tobillo de Júpiter Tonante*.

La ciencia, demostrando de un modo irrefragable, inconcusamente, que el sér humano, como todos los demás seres pobladores de la tierra, no es otra cosa que el resultado fortuito de las transformaciones de la materia en el inmenso crisol de la vida cósmica, ha desvanecido para siempre los enormes errores en que descansan las extravagantes creaciones de todas las cosmologías teológicas. Basta, pues, de misterios espiritualistas, basta de fantasías ultranaturales.

Las fuentes de la vida radican en la vida misma que es movimiento, que es calor, que es fuerza, que es electricidad, que es *materia*, en una palabra.

El propio pensamiento humano, no es otra cosa que una secreción cerebral de materia sutil, supraorgánica.

Los hombres, tan presuntuosos y vanos que, en nuestro orgullo irracional de *bestias superiores*, hemos llegado á forjar las grandezas de la omnipotencia divina para darnos el gusto efímero de poder equipararnos á ella, no obstante nuestra pretensión ridícula de proclamar la *inmortalidad de nuestro yo consciente*, procedemos del *fondo material universal*, y á engrosar las corrientes prolíficas de la materia en los misteriosos coitos de su eterno evolucionar transformador, están, fatal cuanto felizmente, condenados los despojos postreros de nuestro sér, tanto espiritual como materialmente considerado. Procedemos del inmenso acervo material que llena el

universo sin fin con sus infinitas transformaciones, y al acervo material universal habremos de volver en definitiva para vivir en él eternamente, pues que somos una combinación de átomos materiales y el átomo, como el tiempo y el espacio, es eterno en pretérito y en futuro, como eterna es la vida que florece en los gérmenes de la materia, en el continuo evolucionar de sus transformaciones prolíficas, de su enorme prepotencia creadora inagotable que todo lo reverdece y llena de esplendores lozanos...

Materia somos y en materia habremos de disolvernó.

Ecco il problema.

L. Manouvrier

Influencia desmoralizadora de la miseria

Una cosa que habría debido parecer más extraña que el mismo crimen, es la paciencia y el valor de los pobres que trabajan durante diez ó doce horas diarias para vivir pobremente. Los frenólogos hallarán, acaso, en sus cráneos, los signos de la resignación y de la renuncia de todo. Tal vez los criminólogos de la inneidad atribuyan la honradez de estos bravos obreros y campesinos á la ausencia de atavismo... En realidad, estos rudos luchadores que ni desean siquiera, la mayor parte de ellos, el lujo que mantienen en otros, son honrados porque han nacido en el arroyo, no en el foso; porque jamás conocieron, desde su más tierna infancia, otra cosa que el trabajo y placeres simples adecuados á su humilde condición.

Ni los buenos principios, ni los buenos ejemplos dejaron de faltarles á ellos como á los honrados de condición acomodada. No obstante, son tan criminales natos y honrados natos como todos los hombres. Y como, en suma, es más fácil y menos penoso tomar que adquirir lealmente, guardáos bien de colocar

estas honradas gentes en condiciones de ambiente tales que sus necesidades no guarden relación con su salario. El foso de que he hablado está naturalmente más cerca del obrero que del rentista.

Hay individuos, sin embargo, que están más inclinados al crimen que otros, en igualdad de condiciones para ambos. Realmente; el hombre está más inclinado al crimen que la mujer; el hombre robusto y atrevido está más cerca de los crímenes por violencia que el hombre enfermizo y tímido, etc., puesto que, en suma, cada género de conformación halla algún género de crimen practicable, aunque solo fuese el incendio. El atleta estará más propenso que otro á pegar, el charlatan á engañar; pero por esto no criminalizaremos la fuerza muscular, ni la facilidad de palabra, ni el atrevimiento, ni la agilidad, ni el acierto. No criminalizaremos tampoco la violencia ni la astucia; cualidades definidas según el empleo vicioso de aptitudes muy honradamente utilizables.

Las necesidades de la adaptación al

medio y de la lucha por la vida ordenan la coordinación de nuestras aptitudes, su dirección y la naturaleza de nuestros actos. Por el hecho que ciertos actos sean contrarios al buen funcionamiento de la sociedad y se les califique por esto de *anormales*, de donde arranca el epíteto de *normales* atribuido por antítesis á los actos útiles y á sus autores, no es suficiente razón para transportar esta antítesis en el dominio biológico, oponiendo la palabra *normal* (entendida fisiológicamente) á la palabra *criminal*. Nada justifica semejante oposición. Aptitudes fisiológicamente muy normales pueden ser empleadas en actos igualmente normales fisiológicamente, pero que, desde el punto de vista social, serán calificados anormales por ser contrarios á la prosperidad social. Es un abuso del término *anormal*, porque las sociedades actuales comportan en su funcionamiento normal innumerables causas de conflicto entre su propio interés y los intereses individuales. Y del mismo modo que las fastidiosas consecuencias de nuestros errores nos hacen, á menudo, conocer la verdad, los crímenes sirven, muy á menudo, para indicar á las sociedades las reformas que deberían realizar para perfeccionarse.

Cada individuo tiene necesidades que satisfacer, necesidades primordiales ó secundarias que pueden complicarse al infinito y revestir formas tanto más variadas cuanto más el medio ambiente se complique. Ahora bien; en toda sociedad, y sobre todo en las sociedades muy civilizadas, ocurre que no todos

los individuos hallan las mismas facilidades y no poseen los mismos medios de acción. Hay desproporción evidente entre las necesidades existentes y los medios anodinos de satisfacerlas; de aquí la lucha por la existencia y el bienestar.

En nuestra apreciación del valor intrínseco de los criminales no debemos descuidar ni olvidar este hecho: que la mayor parte de las gentes decentes no se privan de ninguno de los goces que son el objetivo de los criminales, y que la mayor parte de los criminales, para no caer en el crimen, tendrían necesidad de virtudes que son muy raras entre los hombres. Entre los medios legales de satisfacer necesidades, ofrecidos por la sociedad, los hay fáciles y agradables, entre los cuales el que consiste en cobrar las rentas del capital amasado por los padres. Los hay asimismo difíciles y penosos, que son el lote reservado á los individuos que no han recibido una herencia monetaria que les asegure contra la sedicente herencia criminal. Para compartir legalmente los goces de que son testimonios, los llamados desheredados de la fortuna tienen que hacer esfuerzos de que no tienen siquiera una idea los ricos por nacimiento. Y he aquí porque si estos desheredados toman caminos tortuosos, antes de considerarlos como seres monstruosos, es necesario preguntarse si en condiciones idénticas hubiéramos sido nosotros mismos capaces de mantenernos en la vía legal...

De *La Génesis normal del crimen*.

Carlos Albert

Ciencia y Revolución

Antes de nuestra época de florecimiento industrial, una gran fortuna representaba ya un gran número de desgraciados despojados de lo necesario á beneficio de un acaparador. Actualmen-

te, la riqueza significa esto y mucho más, pues en manos de quien la posee es un monopolio, es decir, un arma terrible de explotación. Cuando las industrias y los oficios exigían únicamente

fuerza y habilidad servidas por instrumentos simples, el artesano estaba bajo la dependencia del más rico de un modo muy limitado. Pero cuando apareció la máquina en la industria y los procedimientos agrícolas se complicaron, la suerte de los trabajadores se halló á merced del capricho de una minoría poseedora. Cuanto más se perfecciona el instrumento del trabajo, más disminuye el número de los que son bastante ricos para adquirirlo. Que mañana, en una determinada rama de la industria, se perfeccione ó invente una nueva maquinaria, y esta industria pertenecerá por completo á cuatro ó cinco capitalistas.

Pero en cambio, desde el día en que bastante desarrollada para aplicarse útilmente á la industria, la ciencia obligó á la riqueza, por el deseo de la ganancia, á consagrarse á las especulaciones industriales, la riqueza, entendida en el sentido de capitales acumulados, se encontró por esto mismo virtualmente anulada. Mientras esta riqueza representó únicamente placeres refinados y estériles, la masa, demasiado vulgar para desearlos, no se preocupó de ella; pero ahora que ve que es indispensable para la producción de los objetos de primera necesidad, víveres y vestidos, la masa quiere esta riqueza. En tiempos de revuelta los insubordinados van á las panaderías antes que á los sótanos de los bancos donde se amontona el oro. Del mismo modo el trabajador revolucionario se apoderará de la máquina, de la riqueza que trabaja, despreciando el dinero que es la riqueza que duerme. Al crear la ciencia un empleo del capital que nos hace sentir más el perjuicio y la iniquidad de este error social, resultó el odio á la propiedad. De esto al comunismo no hay más que un paso.



Análogas observaciones pueden hacerse referentes á la Autoridad. Del

mismo modo que los progresos inmensos en el dominio industrial y agrícola han dado á la riqueza medios de explotación que agravan su nocivo poder en contra de los pobres, del propio modo los más grandes descubrimientos modernos, aquellos á que se debe la extrema rapidez y la minucia de las investigaciones de toda clase — vapor, electricidad, etc. — han colocado al gobernado bajo una mayor dependencia del gobernante, pues éste, en virtud de la fuerza que detenta, beneficiase inmediatamente y en absoluto de todas las mejoras que se realizan.

En el terreno judicial es donde más claramente se manifiesta el beneficio que aporta al gobernante el progreso científico. Sin dificultad se comprende la ventaja, por ejemplo, del telégrafo, para organizar en un país ó fuera de él, si el caso llega, la caza al delincente. La antropometría realizó un nuevo progreso de la inquisición judicial. Conocido es el sistema. Las medidas más variadas de individuo á individuo, es decir, las más características, quedan cuidadosamente registradas. Una fotografía del detenido ó del sospechoso se junta á las medidas antropométricas, y este es un medio mucho más seguro que la antigua marca por el hierro candente.

El desgraciado que antiguamente infringía el contrato social demasiado desventajoso para él, era víctima de los peores castigos. Palidece uno al recordar las torturas que se ponían en juego. Pero siquiera el desgraciado, antes tenía probabilidades de escapar á las garras de jueces y verdugos que le esperaban; hoy es imposible. Si la represión de un mismo delito es menos cruel, en cambio hoy es mucho más frecuente. La ley hiere menos duro, pero con mayor seguridad.

Una medida que puede parecer moderada al primer vistazo, se agrava con procedimientos minuciosos que el poder represivo encuentra en las diversas

ramas del progreso científico. Un ejemplo de esto nos lo suministra las medidas de vigilancia tomadas en Francia, después de ciertos hechos memorables, contra una determinada categoría de revolucionarios. Veinte años atrás estas medidas poco hubieran podido perjudicarles. La dificultad de señalar de un modo preciso á los agentes de policía, en cada localidad, á los individuos culpables de un delito de opinión, atenuaba grandemente este atentado á la libertad de pensar. En nuestros días y gracias á los procedimientos antropométricos, el nuevo servicio de vigilancia se organizó rápida y minuciosamente. En pocas semanas se compiló «un diccionario ilustrado de las personalidades anarquistas de París y de provincias, por orden alfabético y según su tipo de fisonomía.» Cada comisario de policía recibió un ejemplar, cada agente tuvo que estudiárselo á fin de conocer á los individuos señalados. Á partir de este momento, todos los individuos sospechosos fueron perfectamente conocidos é imposibilitados de cambiar de sitio. Como se ve, es el grito de guerra al pensamiento con la última y moderna táctica de la caza al hombre.

Contra las rebeldías colectivas, los procedimientos de la guerra moderna y los refinamientos obtenidos en los ingenios de muerte son para el poder otras tantas garantías contra el individuo. Actualmente, no es posible que obtenga éxito un motín en la calle si no toma proporciones colosales y no cuenta con inteligencias dentro del ejército. En cambio, la historia de los siglos pasados está llena de pequeños motines espontáneos y victoriosos.

Para darse cabal cuenta de que en ninguna época el Estado era tan fuerte contra el ciudadano como lo es en la nuestra, basta estudiar el mecanismo de información y de vigilancia de que dispone cada una de las administraciones mili-

tar, civil, fiscal, etc. Uno siente enseguida que se vive bajo la mirada vigilante de un amo que no nos deja de vista ni en los menores actos de la vida. Haced la experiencia: manteneos incógnito en cualquier arriconado villorrio; no transcurrirán muchas semanas sin que por uno ú otro motivo tengáis que poner os en contacto con un representante de la fuerza pública. Si la autoridad tiene necesidad de informarse de vuestra persona, en veinticuatro horas estaréis descubierto y cogido.

Las intenciones tiránicas de los antiguos absolutismos conteníalas á menudo los obstáculos materiales imposibles de vencer, como la extrema dificultad de las comunicaciones. Las personas quedaban protegidas naturalmente contra las medidas arbitrarias del poder con alejarse del amo. Tanto más lejos del tirano, tanto más seguro quedaba uno.

Actualmente, la menor de las aglomeraciones humanas posee un funcionario que está en relaciones diarias con la superior autoridad central por medio de numerosos intermediarios de categoría distinta. Hasta que se inventó el vapor y el telégrafo fueron imposibles las centralizaciones formidables por medio de las cuales una orden del poder llega en pocas horas á herir efectivamente varios millones de hombres.

Y no solamente el Estado, por el objetivo que persigue de sujetar y disminuir el individuo, se aprovecha ampliamente de las innovaciones introducidas por la ciencia en la vida moderna, sino que las monopoliza, las centraliza en provecho suyo, de tal modo que el individuo, para poder reaccionar contra su enemigo la autoridad, no puede aprovecharse de los mismos medios sino de un modo muy parcial y muy imperfectamente.

Poco hemos ganado, pues, que en nuestros días el poder se manifieste de modo menos brutal que el pasado, hasta

ofreciendo al ciudadano ciertas garantías contra el mismo poder, ya que los medios coercitivos nuevos y muy perfeccionados nos ponen en sus manos más seguramente. No recuerdo quien hizo la observación de que jamás el individuo fué menos libre, en el verdadero sentido de la palabra, que en nuestra época de libre examen, de libertad de imprenta y de sufragio libre.

Es una cosa de que no se aperciben los que de buena fe se ocupan en celebrar constantemente la desaparición de las antiguas servidumbres. Apenas si las libertades adquiridas representan compensaciones suficientes á la mayor dosis de absolutismo inherente al ejercicio de la autoridad dentro de las condiciones de la vida moderna, y garantías morales que reemplacen las defensas naturales que poco á poco han caído derrumbadas por el ingenio humano.

Al parecer, entra aquí en juego una de estas grandes leyes que dominan la evolución de las sociedades, y según la cual el poder nominal del hombre sobre el hombre tendería á cero, mientras progresaría al infinito el desarrollo científico que confiere el poder real, el poder que liberta en lugar de esclavizar. En las épocas en que el esfuerzo humano se estrellaba contra las resistencias adversas de la naturaleza inanimada, los hombres que llegaban al poder tenían la pretensión de dominar absolutamente. Pero hoy que la evolución científica nos da sobre las fuerzas naturales un poder más verdadero que el atestiguado por las insignias y las fórmulas del mando, la autoridad comienza á parecérsenos ilegítima y la repudiamos, ó por lo menos la disimulamos por medio de subterfugios como el parlamentarismo.

Desgraciadamente, esta especie de equilibrio se establece lentamente y no hay para qué decir que en detrimento del individuo, pues la autoridad no abandona ninguna de sus prerrogativas sino

á regañadientes, mientras que las innovaciones se suceden rápidamente y las utiliza para hacer más opresivos y vejatorios los derechos que aun le quedan.

Pero, la incompatibilidad del poder real del hombre sobre la naturaleza con el convencional y ficticio del hombre sobre el hombre, no deja por esto de ser un hecho demostrado. Nos basta comprobar esta relación entre el acrecentamiento de uno y la disminución del otro para comprender que presagia la completa y cercana desaparición de la autoridad, gracias al estado avanzado de desarrollo científico en que nos encontramos. Ya que las defensas naturales, vencidas sucesivamente, no nos defienden contra las arbitrariedades de los más ambiciosos, nos importa que la independencia y la igualdad se afirmen en nuestras costumbres como barreras morales que substituyan las desaparecidas barreras materiales.

Pronto los inconscientes, dóciles aun á los gobiernos y á las jerarquías, se darán cuenta del peligro que entraña concentrar las fuerzas terribles domadas por el saber humano, entre las manos y á beneficio de unos pocos.

La humanidad es hoy demasiado poderosa para que este poder sea monopolio de un puñado de dominadores políticos y económicos. Toca á su fin el período de acumulación y de sacrificio y ha de comenzar el de la repartición y de la satisfacción. Ricos con la verdadera riqueza, poseedores del poder real, únicamente la obstinación de una clase nos obliga á vivir aún como en aquellos tiempos en que el más poderoso y el más rico lo eran todo. El malestar que sentimos pesar sobre nuestra época durará mientras dure nuestra vacilación y no nos resolvamos á arrojar este contrasentido de nuestras costumbres.

Pero para admitir la necesidad de un

nuevo orden de cosas entre los hombres, es necesario antes poder deducirlo —como hemos hecho nosotros— del balance exacto de nuestro actual poder social. La masa no está situada para poder hacer esta evaluación y darse cuenta de que autoridad y propiedad son, cada día que pasa, más incompatibles con las condiciones de la vida moderna. La minoría capitalista y gobernante, en efecto, acapara los más sólidos beneficios del progreso, lo cual da por resultado ocultar á la multitud el papel libertador que desempeña la ciencia. Además, esta minoría deprecia, aparentemente al menos, y falsifica nuestro poder social obrando como un obstáculo al uso completo y racional de las fuerzas adquiridas.

Por eso sería peligroso confiar únicamente, como preconizan algunos, en el progreso científico para atraer las transformaciones sociales que son necesarias. Sin duda, cada aumento del poder humano lleva en sí una invitación para adecuarle nuestras costumbres; pero esto no quiere decir que las órdenes, así notificadas por la ciencia, lleguen directamente á oídos de los que tienen interés en ejecutarlas. Aun admitiendo que este progreso pueda continuarse sin estar sustentado y apoyado por una atmósfera social menos sofocante —lo cual nos parece improbable— no es seguro que

esta lección de las cosas, por elocuente que sea, pueda por sí sola iluminar al individuo é inducirlo á la acción. Y esto, precisamente, á causa del régimen de propiedad y de autoridad del cual se trata que escapemos.

En una sociedad libre y comunista —lo cual no quiere decir definitiva— es evidente que cualquier afortunada modificación de la vida material irá seguida naturalmente y sin sacudidas de una mejora equivalente en las relaciones sociales, porque entoces, entre el medio y el individuo habrá una correspondencia rigurosamente exacta. Una identificación semejante no es posible actualmente, porque la autoridad y el capital no llevan más objetivo que ocultar al individuo el conocimiento del punto de la evolución en que se encuentra y, por lo tanto, de los recursos de que podría disponer si lo conociera. Es necesario de toda necesidad, que hasta la desaparición de estos dos principios de aislamiento y de ignorancia y hasta para apresurar su desaparición, á fin de poner remedio á la insuficiencia de la educación normal del hombre por la realidad, crear artificialmente una educación de la voluntad moral á la realidad material. Y precisamente á esta labor la acción revolucionaria halla su empleo y su justificación.

Socialismo y Anarquía

Es cosa común encontrar anarquistas que «niegan la moral». Al principio es un simple modo de decir para significar que, desde el punto de vista teórico, no admiten una moral absoluta, eterna, inmutable, y que, en la práctica, se rebelan contra la moral burguesa, que sanciona la explotación de la masa y condena los actos que ponen en peligro y dañan á los privilegiados. Pero después, poco

Enrique Malatesta

(Conclusión.)

á poco, como suele suceder en tantas otras cosas, toman la figura retórica por la expresión exacta de la verdad. Olvidan que en la moral corriente, además de las reglas inculcadas por los curas y por los amos en interés de su dominio, se encuentran también, y son en realidad la mayor parte y las más substanciales, las reglas que son la consecuencia y la condición de toda coexistencia

social; olvidan que el rebelarse contra toda regla impuesta á la fuerza no quiere de ningún modo decir que se renuncie á todo freno moral y á todo sentimiento de obligación hacia los demás; olvidan que para combatir razonablemente una moral, necesitase oponerle, en teoría y prácticamente, una moral superior; y, por poco que el temperamento y las circunstancias les ayuden, acaban por volverse *inmorales* en la acepción absoluta de la palabra; esto es, hombres sin regla de conducta, sin criterio para guiar sus acciones, que ceden pasivamente á los impulsos del momento. ¡Hoy se quitan el pan de la boca para socorrer á un compañero y mañana matarán á un hombre para poder ir á un burdel!

La moral es la regla de conducta que cada hombre considera buena. Se puede encontrar mala la moral dominante en una época dada, en un determinado país, en una dada sociedad, y, con efecto, nosotros encontramos pésima la moral burguesa; pero no se puede concebir una sociedad sin una moral, cualquiera que sea, ni un hombre consciente que no tenga algún criterio para juzgar lo que es bueno y lo que es malo para sí y para los demás. Cuando nosotros combatimos á la sociedad presente, oponemos á la moral individualista de los burgueses, á la moral de la lucha y de la competencia, la moral del amor y de la solidaridad, y tratamos de establecer instituciones que correspondan á esta nuestra concepción de las relaciones entre los hombres. De otro modo, ¿cómo podríamos encontrar malo el que los burgueses exploten al pueblo?

Otra de las afirmaciones dañinas, que en muchos es sincera, pero que es una excusa en otros, es que el actual ambiente social no permite ser morales; y que, por consecuencia, es inútil hacer esfuerzos con los cuales nada se puede lograr, y que lo mejor que puede ha-

cerse es arañar lo más que se pueda para uno mismo, dadas las presentes circunstancias, sin cuidarse de los demás, salvo el cambiar de vida cuando haya cambiado la organización social. Ciertamente que todo anarquista, que todo socialista comprende la fatalidad económica que hoy constriñe al hombre á luchar contra el hombre, y todo buen observador ve la impotencia de la rebelión personal contra la fuerza prepotente del ambiente social. Pero es igualmente cierto que sin la rebelión del individuo, que se asocia con los otros individuos rebeldes para resistir el ambiente y tratar de transformarlo, este ambiente no cambiaría nunca.

Todos nosotros, sin excepción alguna, estamos constreñidos á vivir, más ó menos, en contradicción con nuestros ideales; pero somos socialistas y anarquistas por lo que sufrimos con esta contradicción y porque tratamos de hacerla lo menos grande posible. El día que nos adaptásemos al ambiente, nos pasaría naturalmente el deseo de transformarlo y nos convertiríamos en simples burgueses: burgueses sin dinero tal vez, pero no por esto menos burgueses en los actos y en las intenciones.

Otra fuente de errores y de culpas gravísimas ha sido el modo como se ha interpretado por muchos la teoría de la violencia.

La sociedad actual se mantiene con la fuerza de las armas. Nunca ninguna clase oprimida ha logrado emanciparse sin recorrer á la violencia; nunca las clases privilegiadas han renunciado á una parte, siquiera mínima, de sus privilegios, sino por la fuerza, ó por miedo á la fuerza. Las instituciones sociales actuales son tales que resulta imposible el transformarlas por reformas graduales y pacíficas, y la necesidad de una revolución violenta que, violando, destruyendo la legalidad, funde una sociedad sobre nuevas bases, se impone. La obs-

tinación, la brutalidad con que la burguesía responde á las más anodinas demandas del proletariado, demuestran la fatalidad de la revolución violenta. Es, pues, lógico y necesario que los socialistas, y los anarquistas especialmente, sean un partido revolucionario y prevean y apresuren la revolución.

Mas, desgraciadamente, hay en los hombres una tendencia á trastocar el fin con los medios; y la violencia, que por nosotros es, y debe continuar siendo, una dura necesidad, se ha convertido para muchos en único fin de la lucha. La historia está llena de ejemplos de hombres que, habiendo comenzado á luchar por un fin elevado, en el calor de la refriega, han perdido todo dominio sobre sí mismos, y perdiendo de vista el fin perseguido, se han convertido en feroces carniceros. Y, como lo demuestran hechos recientes, muchos anarquistas no han escapado á este terrible peligro de la lucha violenta. Irritados con las persecuciones, enloquecidos con los ejemplos de ciega ferocidad que da cada día la burguesía, han comenzado á imitar el ejemplo de los burgueses, y el espíritu de amor ha sido suplantado por el espíritu de venganza, por el espíritu de odio. Y, al par de los burgueses, han llamado justicia al odio y á la venganza. Después, para justificar sus actos, que podían, sin embargo, explicarse como efecto de las horribles condiciones del proletariado y servir como una razón más para invocar la destrucción de un orden de cosas que produce tan tristes resultados, algunos han comenzado á formular la más extraña, la más fanática, la más autoritaria de las teorías, y, no fijándose en la contradicción, la han presentado como un novísimo progreso de la idea anarquista. Esos, que se dicen, además, al mismo tiempo deterministas y niegan toda responsabilidad, se han dedicado á rebuscar á los responsables del estado actual de cosas y los han encontrado no sólo en los

burgueses conscientes que hacen el mal sabiendo que lo hacen, no sólo entre la masa de burgueses que son burgueses porque así nacieron y no se han preguntado nunca el por qué de su situación; sí que también entre la masa de trabajadores que, soportando la opresión sin rebelarse, son su principal sostén; y han resuelto para todos... la pena de muerte. ¡Y ha habido hasta quien ha delirado sobre no sé qué «responsabilidad potencial» para resolver el exterminio de las mujeres embarazadas y de los muchachos! Los que con razón niegan á los jueces burgueses el derecho de aplicar ni una hora de cárcel, se hacen árbitros de la vida y la muerte de los demás y llegan á decir que *¡se tiene el derecho de matar al que no piense como nosotros!* Parece increíble y muchos no querrán creerlo. Y sin embargo, poco tiempo hace, han podido todos leer en un periódico «anarquista» palabras como éstas: «En Barcelona ha estallado una bomba en una procesión religiosa, dejando sobre el terreno 40 muertos y no sabemos cuantos heridos. La policía ha arrestado más de 90 anarquistas con la esperanza de poner la mano sobre el heroico autor del atentado.» Ninguna razón de lucha, ninguna excusa, nada: es heroico matar mujeres, niños, hombres inermes, ¡porque eran católicos! Esto es ya algo peor que la venganza: es el furor morboso del místico sanguinario, es el holocausto sangriento sobre el ara de un dios... ó de una idea, que á la postre es lo mismo. ¡Ó Torquemada, ó Robespierre!

Me apresuro á manifestar que la gran parte de los anarquistas españoles han protestado del acto insano. Pero los hay también que se llaman anarquistas y ensalzan el acto, y esto basta para que el gobierno finja confundirlos á todos en un haz, y para que el público los confunda de verdad.

Gritémoslo con fuerza y siempre: los

anarquistas no deben, no pueden ser justicieros: son libertadores. Nosotros no odiamos á nadie; no luchamos para vengarnos, ni para vengar á los demás; nosotros queremos el amor para todos, la libertad para todos.

Puesto que la actual fatalidad social y la obstinada resistencia de la burguesía, fuerza á los opresores á recurrir al último expediente de la fuerza física, no retrocedamos ante la dura necesidad y preparémonos á usarla victoriosamente. Pero no hagamos víctimas inútiles, ni siquiera entre los enemigos. El mismo fin por el cual luchamos nos fuerza á ser buenos y humanos aun en medio del furor de la batalla; de otro modo, no se explica como podríamos querer luchar por un fin cual es el nuestro, si buenos y humanos no fuésemos. Y no olvidemos que una revolución libertadora, no puede salir del exterminio y del terror, que fueron y serán siempre generadores de tiranía.

Por otra parte, un error, contrario al en que caen los terroristas, amenaza al movimiento anarquista. Un poco por reacción contra el abuso que en estos últimos años se ha hecho de la violencia, un poco por supervivencia de la idea cristiana, y sobre todo por la influencia de las predicaciones místicas de Tolstoy, á las cuales el genio y las altas cualidades del autor les dan boga y prestigio, comienza á adquirir cierta importancia entre los anarquistas el partido de la resistencia pasiva, la cual tiene por principio que hay que dejar oprimir y vilipendiar á uno mismo y á los demás antes que hacer daño al agresor. Es lo que se ha llamado *anarquía pasiva*.

Puesto que algunos, impresionados por mi aversión contra la violencia inútil y dañina, han querido atribuirme, no sé si con la intención de alabarme ó con la de denigrarme, tendencias hacia el tolstoísmo, aprovecho la ocasión para de-

clarar que, según mi modo de ver, esta doctrina, por mucho que parezca sublimemente altruista, es en realidad la negación del instinto y de los deberes sociales. Puede un hombre, si es muy... cristiano, sufrir pacientemente toda suerte de vejaciones sin defenderse con todos los medios posibles, y continuar siendo tal vez un hombre moral. Mas en la práctica, ¿no sería él y cualquiera, aun sin quererlo, un terrible egoísta si dejase oprimir á los demás sin intentar el defenderlos; si, por ejemplo, prefiriese que fuese reducida á la miseria una clase, atropellado un pueblo por el invasor, que fuese un hombre ofendido en su vida y en su libertad, antes que magullar la piel del opresor?

Puede haber casos en los cuales la resistencia pasiva sea un arma eficaz, y ciertamente que entonces sería la mejor de las armas, puesto que sería la más económica de sufrimientos humanos. Pero, las más de las veces, profesar la resistencia pasiva significa asegurar á los opresores contra el pavor á la rebelión y, por tanto, traicionar la causa de los oprimidos.

Es curioso observar como los *terroristas* y los *tolstoístas*, precisamente porque unos y otros son místicos, llegan á consecuencias prácticas casi iguales. Aquéllos no dudarían en destruir media humanidad con tal de hacer triunfar la *ideu*; éstos dejarían que toda la humanidad estuviese bajo el peso de los más grandes sufrimientos antes que violar un principio.

Por lo que á mi respecta, yo violaría todos los principios del mundo con tal de salvar á un hombre: lo que, por otra parte, de hecho, sería respetar el principio, puesto que, según mi modo de ver, todos los principios morales y sociológicos se reducen á éste sólo: el bien de los hombres, de todos los hombres.



Fragmento

Emilio Castelar

Los errores capitales del socialismo, —del socialismo autoritario, diría mejor— provienen de confundir la sociedad con el Estado, y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es más que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo los agentes más impalpables y étereos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos; así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realización de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un sér real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales é inevitables como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocían las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caída del rayo, apelaba á la magia, arrastrábase á las plantas de las teocracias. Cuando no conocía las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudía el hombre á una falsa organización social, á un poder absoluto, á un derecho celeste, de origen extrasocial, de origen divino. Pero desde el momento que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son, en su fondo y en su forma, sino las mismas leyes de su naturaleza. La ley característica de la naturaleza humana, aquella mediante la cual se distingue al hombre de todos los seres que le rodean, sujetos á una fatalidad inevitable, á fuerzas que no pueden romper; la ley primordial de la naturaleza humana, es la libertad. Por consecuencia, á medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más á la naturaleza humana, y á medida que más se aproxima á la naturaleza asegurará más la libertad. Es un error común á absolu-

tistas y á socialistas—autoritarios, debiera añadir para ser justo—el de creer que, para fundar la sociedad el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios á los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad.

El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar las leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregación infinita del universo; el hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza, que, lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra...

...El derecho es anterior y superior al Estado. Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad de pensamiento, como la libertad de sufragio, como la libertad de imprenta. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va á resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para intentarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana...

...Y vosotros, que os llamáis demócratas, al mutilar la libertad, desconocéis la democracia; y vosotros, que os llamáis socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconocéis la sociedad.

Por la ciencia á la salvación

Así vivió y murió este desgraciado grande hombre (Byron); la enfermedad del siglo no se llevó jamás presa tan ilustre. Entorno suyo, como una hecatombe, yacen los demás, heridos también por la grandeza de sus facultades y la intemperancia de sus deseos, unos extinguidos en el estupor ó la embriaguez, gastados otros por el placer ó el trabajo, éstos precipitados en la locura ó el suicidio, aquéllos anonadados por la impotencia ó la enfermedad, todos sacudidos por sus nervios exasperados ó doloridos, los más fuertes llevando su llaga sangrienta hasta la vejez, los más felices habiendo sufrido tanto como los otros y conservando sus cicatrices en su curación. El concierto de sus lamentaciones ha llenado todo un siglo, y nosotros hemos permanecido entorno suyo escuchando como nuestro propio corazón repetía sus gritos en voz baja, tristes como ellos, como ellos inclinados á la rebeldía. La democracia instaurada excitaba nuestras ambiciones sin satisfacerlas; la filosofía proclamada encendía nuestras curiosidades sin accontentarlas. En esta ancha carrera abierta el plebeyo sufría por su mediocridad y el escéptico, herido por una melancolía precoz y marchitado por una experiencia prematura, entregaba sus simpatías y su conducta á los poetas, que decían que la felicidad era un imposible, inaccesible la verdad, la sociedad mal formada y el hombre un aborto ó un corrompido. De este concierto salió una idea, centro de la literatura, de las artes y de la religión del siglo: la de que existía alguna desproporción monstruosa entre las piezas de nuestra estructura y que todo el destino humano estaba viciado por este desacuerdo.

¿Qué consejo nos dieron para remedio? ¿Fueron grandes, fueron sabios los consejos? «Haz llover en tí las sensaciones vehementes y profundas; tanto peor si luego revienta tú máquina.» — «Cultiva tu jardín, enciértrate en un pequeño círculo, vuelve al rebaño, conviértete en bestia de carga.» — «Hazte de nuevo creyente, toma agua bendita, abandona tu espíritu á los dogmas y tu conducta á

los manuales.» — «Haz tu camino, aspira al poder, á los honores, á la riqueza.» He aquí las diversas respuestas que nos dieron los artistas y los burgueses, los cristianos y los mundanos: ¿Son estas verdaderamente respuestas? ¿Y qué proponen, sino saciarse, bestializarse, desviarse y olvidar? Goethe fué el primero en darnos un consejo más profundo, consejo que nosotros principiamos á sospechar, al que conducen todo el trabajo y toda la experiencia del siglo y que acaso sea materia para la literatura futura: «Procura comprenderte y comprender las cosas.» Respuesta extraña que no parece nueva y cuyo alcance conoceremos más tarde. Durante mucho tiempo aún los hombres sentirán vibrar sus simpatías con el ruido de los sollozos de sus grandes poetas. Durante mucho tiempo se indignarán contra un destino que abre á sus aspiraciones el espacio sin límites para destrozarlos á dos pasos de la entrada contra un miserable límite que no supieron ver. Durante mucho tiempo sufrirán, como si fuesen obstáculos, las necesidades que debieran abarcar como leyes. Nuestra generación, como las precedentes, ha sido herida por el mal del siglo y solamente podrá levantarse y sacudírselo á medias. Llegaremos á poseer la verdad, pero no la calma. Lo más que podemos curar en este momento es la inteligencia; no tenemos ningún poder sobre nuestros sentimientos. Pero tenemos el derecho de concebir para los demás las esperanzas que no poseemos para nosotros y preparar á nuestros descendientes una felicidad que nosotros jamás gozaremos. Educados en un aire más sano, acaso ellas tengan un alma más sana. La reforma de las ideas acaba por reformar el resto y la luz del espíritu produce la serenidad del corazón. Hasta el presente, en nuestros juicios sobre el hombre, habíamos tomado por maestros á los reveladores y á los poetas, y como ellos, recibimos como verdades ciertísimas lo que no era más que nobles sueños de nuestra imaginación y sugerencias imperiosas de nuestro corazón. Nos fiábamos en la parcialidad de las adivinaciones religiosas y en la inexacti-

tud de las adivinaciones literarias, y acomodábamos nuestras doctrinas á nuestros instintos y á nuestras penas. Pero al fin la ciencia se acerca y se acerca al hombre; ha dejado atrás el mundo visible y palpable de los astros, de las piedras, de las plantas, en el que desdeñosamente se la había confinado, y ya curioseaba en el alma y la investiga, provista de instrumentos exactos y perspicaces cuya exactitud y alcance tienen á su favor trescientos años de experiencia. El pensamiento y su desarrollo, su rango, su estructura y sus ataduras, sus profundas raíces corporales, su vegetación infinita á través de la historia, su elevado florecimiento en la cumbre de las cosas... he aquí el objetivo de la ciencia, objetivo que desde hace sesenta años entrevé en Alemania, y que sondeado lentamente, con seguridad, por los mismos métodos que el mundo científico, se transformará á nuestros ojos como se transformó el mundo físico. Se transforma y atrás hemos dejado ya el punto de vista de Byron y de nuestros poetas. No, el hombre no es un aborto ni un monstruo; no, el objeto de la poesía no ha de ser difamarlo ó rebelarlo. El hombre está en su sitio y acaba una serie. Contemplémosle nacer y crecer y cesaremos de maldecirle ó burlarnos de él. Es un producto, como todas las demás cosas, y á este título tiene razón de ser tal como es. Su imperfección innata está dentro del orden, como el aborto constante de un estambre dentro de una planta, como la irregularidad segura de cuatro facetas en un cristal. Lo que tomamos por una deformidad es simplemente una forma; lo que nos parece trastorno de una ley es el cumplimiento de una ley. La razón y la virtud humanas tienen por materiales los instintos y las imágenes animales, del mis-

mo modo que las formas vivientes tienen por instrumentos las leyes físicas, y las materias orgánicas tienen por elementos las substancias minerales. ¿Qué tiene de extraño que la virtud ó la razón humana, como la forma viviente ó la materia orgánica, se descomponga ó desfallezca á veces, si como ellas, y todo sér superior y complejo, tiene por sostener y por dueños fuerzas inferiores y simples que, según las circunstancias, tan pronto lo mantienen por su armonía como la deshacen por su desacuerdo? ¿Qué de extraño que los elementos del sér, como los elementos de la cantidad, reciban de su misma naturaleza leyes indestructibles que les fuerzan ó les reducen á un cierto género y á un cierto orden de funciones? ¿Se indignará alguien contra la geometría? Y sobre todo, ¿quién va á indignarse contra una geometría viviente? ¿Quién, al contrario, no se sentirá lleno de admiración ante el espectáculo de estas potencias grandiosas que situadas en el corazón de las cosas empujan incesantemente la sangre por los miembros del viejo mundo, diseminan la ondeadada en la red infinita de las arterias y hacen florecer sobre toda la superficie la flor eterna de la juventud y de la belleza? ¿Quién, en fin, no se sentirá ennoblecido al descubrir que este haz de leyes tiene por resultado un orden de formas, que la materia tiene por término el pensamiento, que la naturaleza termina en la razón, y que este ideal, al cual, y á través tantos errores, se suspenden todas las aspiraciones del hombre, es asimismo el fin al cual concurren, á través de tantos obstáculos, todas las fuerzas del universo? En este empleo de la ciencia y en esta concepción de las cosas hay un arte, una moral, una política, una religión nueva, y corresponde á nosotros buscarlas.

Historia de la literatura inglesa, tomo IV, páginas 421 á 425; Hachette y C.^ª, editores, Paris

Recibido:

Del editor F. Serantoni, de Firenze (Italia): *Per la Storia, pro vittime politiche*; Carlo Pisacane, biografía, por Luis Fabbri, y Luisa Michel, biografía, por Carlos Malato.—De la Biblioteca de «La Protesta», de Buenos Aires: *Ni Dios ni Patria*, por Benjamín Mota.

La Asociación, de Vigo; *Verdad*, de Badalona; *Germinal*, de La Coruña; *Tierra Libre*, de Valladolid; *La Tronada*, de Granollers.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA